

Textualidad y encuentro. Del imperativo de neutralidad a la hospitalidad

*Textuality and encounter.
From the imperative of neutrality to hospitality*

Por Maximiliano Cosentino¹

RESUMEN

Este artículo tiene como propósito cuestionar los supuestos en los que se sostiene el imperativo de neutralidad en la práctica psicoanalítica: la pretensión de objetividad, el ideal de una escucha pura y la separación absoluta entre analista y analizante. Contra esta versión programada de la posición del analista, quiero proponer para el juego analítico la hospitalidad como una invención singular ante el encuentro con la alteridad del otro. La apuesta de este artículo es pensar modos de estar en común en el espacio analítico que no reduzcan la producción de textualidad a texto a disposición del analista.

Palabras clave: Neutralidad, Textualidad, Encuentro, Hospitalidad.

ABSTRACT

The purpose of this article is to question the assumptions on which the imperative of neutrality in psychoanalytic practice is based: the claim to objectivity, the ideal of a pure listening and the absolute separation between analyst and analysand. Against this programmed version of the analyst's position, I want to propose that in the analytic play hospitality occurs as a singular invention in the encounter with the otherness of the other. The aim of this article is to think of ways of being in common in the analytical space that do not reduce the production of textuality to a text available to the analyst.

Keywords: Neutrality, Textuality, Encounter, Hospitality.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Licenciado en Psicología y Doctorando Facultad de Psicología. UBA. Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología, Docente en Psicoanálisis Escuela Francesa 2, UBA. Universidad de Buenos Aires, Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT). Investigador en formación *Génesis, delimitación y transformaciones del concepto de goce en la obra de J. Lacan* Director: Dr. Pablo Muñoz. Buenos Aires, Argentina
E-Mail maximiliano.cosentino@gmail.com

You can sit, but never hide, behind the couch!
Lewis Aron

1. Sobre una herencia

El imperativo de neutralidad es un fantasma que nos atraviesa como analistas, condiciona nuestra práctica, aparece de forma recurrente en supervisiones y en discusiones clínicas con colegas. Incluso cuando se considera que es un mandato a superar, sus restos insisten en aspectos, a primera vista, alejados de la neutralidad como, por ejemplo, en los modos en que se interpreta o se presenta el material clínico para su discusión. Si bien es cierto que en los escritos técnicos de Freud no suele aparecer el término “neutralidad”, tampoco es menos cierto que hay indicaciones que funcionaron como punto de partida para construir la imagen del analista neutral. Un caso paradigmático lo constituye el célebre pasaje de “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”:

No sé cómo encarecería bastante a mis colegas que en el tratamiento psicoanalítico tomen por modelo al cirujano que deja de lado todos sus afectos, y aun su compasión humana, y concentra sus fuerzas espirituales en una meta única: realizar una operación lo más acorde posible a las reglas del arte (1912, 114).

Quiero destacar que no es mi intención realizar una genealogía sobre el imperativo de neutralidad ni tampoco pretendo reducir su problemática a una búsqueda probatoria de citas en la obra freudiana -como si hubiese una verdad a descubrir en el texto de Freud-; más bien, me interesa dar a ver un modo de heredar el texto Freud, un modo dominante y espectral, que atraviesa y acecha al psicoanálisis. La definición del *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis hace patente la coagulación de esta herencia:

El analista debe ser neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera y abstenerse de todo consejo; neutral con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la fórmula “no entrar en el juego del paciente”; por último, neutral en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder a priori una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones. (1981, 256).

Como salta a la vista, esta definición de la neutralidad posee tres partes. La primera (“neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera y abstenerse de todo consejo”), apunta tanto al problema de la abstinencia como al de la sugestión. Abordaré esta primera parte de la definición luego de enfocarme sucesivamente en la segunda (“neutral con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la

fórmula ‘no entrar en el juego del paciente’) y tercera parte (“neutral en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder a priori una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones”) para mostrar tanto la pretensión de objetividad implícita en el imperativo de neutralidad como el supuesto de una escucha pura.

2. ¿Cómo no jugar?

La segunda parte de la definición introduce la metáfora del juego para dar cuenta de la posición del analista respecto a las “manifestaciones transferenciales” del analizante. De manera más precisa, el imperativo de neutralidad llama al analista a “no entrar en el juego del paciente” (*ne pas pénétrer dans le jeu du patient*). Habría que seguir la metáfora del juego, de una particular insistencia en la historia del psicoanálisis, en sus desviaciones y desplazamientos, en su uso ilustrativo y mostrativo de puntos resistidos del cavilar freudiano - ¿hace falta recordar que la pulsión de muerte hace su aparición a partir de un juego, el célebre *fort-da?* - para poner en evidencia la trama que produce, las distinciones que vehiculiza, en fin, la textualidad que trabaja en los textos. Sin embargo, una tarea de este tipo excede por mucho los límites de este texto, por lo que me contentaré con señalar algunas tensiones que introduce la metáfora del juego en la definición de neutralidad con respecto a algunos momentos de la textualidad psicoanalítica.

“No entrar en el juego del paciente”. Una prohibición, un límite para la posición del analista. El analizante propone jugar un juego -juego peligroso y excesivo- que el analista debe rechazar y resistir con suspicacia. Esto es importante, puesto que la definición asume que el juego es siempre del analizante y, por tanto, que posee sólo una dirección (del analizante al analista). Del lado del analista queda la soberanía: es él quién especula, calcula y decide abstenerse de jugar. En su monumental *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Etchegoyen sostiene que la posición abstinentista del analista es para evitar el riesgo de satisfacer la demanda de amor del analizante. Aún más, en caso de que el analista no se abstenga, continúa el argumento, el juego analítico mismo se aparta de la norma, se *pervierte*: la abstinencia es principio fundamental y regulador, pero también condición de posibilidad del despliegue del juego analítico. Es por esto que un análisis debe:

Trascurrir en privación, en frustración, en abstinencia. Esta regla se puede entender de muchas formas; pero, de todos modos, nadie dudará de que Freud ha querido decir que el analista no puede darle al paciente satisfacciones directas, porque en cuanto este las logra el proceso se detiene, se desvía, se pervierte. En otros términos, podría decirse que la satisfacción directa quita al paciente la capacidad de simbolizar (2010, 26).

Más allá de lo que “Freud ha querido decir”, este modo de comprender la posición del analista supone que el analista puede distinguir, de manera clara y distinta, en cada manifestación transferencial, la demanda de amor y no satisfacerla. Ahora bien, ¿qué quiere decir no dar una “satisfacción directa”? ¿cuenta el analista con un criterio preciso para distinguir una demanda de amor?

Si un analizante solicita un vaso de agua durante una sesión, ¿se trata de una manifestación de una demanda de amor o una necesidad provocada por la sed? Si la regla de abstinencia se aplica sin tener en cuenta el momento del juego analítico, el análisis deviene en tecnología de la frustración y el analista en un técnico aséptico y disciplinado. Contra esta tendencia universalizante de comprender la abstinencia, se suele responder que el analista debe realizar una evaluación de la situación analítica y decidir, siguiendo la lógica del “caso por caso”, si conviene o no abstenerse. Dicho de otra manera, al analista le toca la tarea de evaluar, en cada momento y con cada analizante, si se trata o no de una demanda de amor. Siguiendo el ejemplo anterior, el pedido de un vaso de agua puede estar relacionado con la biografía del analizante y ser la expresión sintomática de una búsqueda de satisfacción, por lo que el analista podría optar por abstenerse de servirlo. Sin embargo, esta orientación, aunque llena de buenas intenciones, deja todo el poder del lado del analista, puesto que queda de su parte, la parte que sabe, sancionar y catalogar el juego que propone el analizante como una demanda de amor; y supone, asimismo, que el analista no participa de ninguna manera relevante en esa demanda de amor como si fuese un espectador externo y descomprometido del desarrollo de la trama del juego. No hay modo de establecer, antes del despliegue del juego analítico, qué es una demanda amorosa y qué implica su satisfacción; pero tampoco queda del lado del analista la potestad exclusiva de sancionar una demanda amorosa, “tú me amas”, porque, como bien indica Lacan en su seminario *Aun*, “el amor ciertamente, hace señas, y es siempre recíproco” (1972-73, 12). Por supuesto, esta reciprocidad no es la de correspondencia imaginaria entre iguales que tiende a la unidad, sino que expresa la implicación ineludible del analista en la demanda amorosa.

Ahora bien, ¿no es el despliegue del juego, en su poder metafórico, la posibilidad misma del análisis? Y si esto es así, ¿cómo hace el analista para sustraerse de jugar cuando el juego ya lo está jugando? En “Sobre la iniciación del tratamiento”, Freud recurre a la metáfora del juego para dar cuenta de las dificultades propias del aprendizaje y la transmisión del psicoanálisis: tanto en el “noble juego del ajedrez” (1913, 125) como en el psicoanálisis, las aperturas y los finales pueden ser sometidos a una exposición sistemática; mientras que lo que acontece durante el juego resiste a ser reducido a una aplicación mecánica de reglas. En este artículo, como ya lo adelanta su título, Freud omite referirse a los finales de análisis -aspecto técnico conflictivo en el pensamiento freudiano como lo atestigua su tardío “Análisis terminable e interminable” (1937)- para precisar las reglas del juego (*Spielregeln*) que deben considerarse desde la apertura

misma del espacio analítico. Reglas, se apresura a advertir Freud, que solo adquieren “significado (*Bedeutung*) desde la trama del plan de juego (*Spielplanes*)” (1913, 125); una peculiar puesta en escena que debe meditar a través de la compleja temporalidad del efecto de retardo (*nachträglich*)¹. A primera vista puede ser tentador considerar que Freud solo realiza, siguiendo fines expositivos, una simple sustitución de una cosa por otra, tal como se describe en la retórica clásica al tropo de la metáfora; pero si se examina más de cerca, Freud pone en juego, valga la redundancia, mediante el poder performativo de la metáfora, al análisis como juego. De este modo, nos desplazamos por el camino ya entrevisto por Winnicott en *Realidad y juego*: el análisis se da en un *entre* transicional posibilitado por la superposición de dos zonas de juego: la del analista y la del analizante. Cabe recordar que la regla fundamental, aquella que desde la trama del juego del análisis adquiere significado, es la asociación libre. No hay juego analítico sin asociación libre, lo que equivale a decir: no hay un significado trascendente al juego, sino que el jugar mismo produce con efecto de retardo significado. Algo similar afirma René Major en *Lacan con Derrida: análisis desistencial*: “la diseminación es la regla germinativa de la asociación libre” (1991, 41). En este punto preciso se hace patente la dimensión metafísica de la regla fundamental del psicoanálisis: no hay origen simple y pleno al cual remitir el significado del juego antes de su apertura, sino que el juego teje una trama de sustituciones diferenciales e infinitas. Así como no se puede pensar en un movimiento del alfil sin atender a su posición en un tablero determinado, tampoco se puede pensar una intervención analítica sin atender a la configuración de ese espacio deseante en común que es el juego analítico.

Si aceptamos que el significado del juego se produce en el devenir diseminatorio de la asociación libre, entonces el analista no puede saber cuál es el significado del juego previo a su realización efectiva. De esta forma, el analista, más allá de que pretenda no entrar en el juego del paciente, se encuentra ya siempre en el juego, puesto que no hay significado por fuera del desarrollo del juego. Esta perspectiva implica, entre otras cosas, que la transferencia no puede concebirse como un vector que va del analizante al analista ni tampoco como un vector que va del analista al analizante, sino que la transferencia es un acontecimiento *entre* analista y analizante. La transferencia no se encuentra ni en el analista ni en el analizante, sino que se abre en un espacio deseante en común que excede a sus participantes, pero sin los cuales no habría juego ni jugar.

El imperativo de neutralidad, en tanto prescribe no entrar en el juego el paciente, hace patente una pretensión de objetividad que intenta reprimir la dimensión en común del espacio analítico. Dicho de otro modo, la neutralidad parece postularse para asegurar que la interpretación del analista sea objetiva. Es por esto que manda al analista a sustraerse del juego, así, se supone, podría interpretar sin contaminar con su subjetividad lo que escucha de la alteridad del otro. Como argumenta

Mitchell en *Influence and Autonomy in Psychoanalysis* (1997), esta manera de concebir la posición del analista reproduce el panorama clásico de la epistemología positivista que comprende al acto de conocer como una relación objetiva entre el sujeto de conocimiento -sujeto sin subjetividad- y su objeto de conocimiento -observable puro-. Desde esta perspectiva, sujeto y objeto son dos dimensiones diferentes, rígidamente demarcadas, que no pueden ni deben interferirse mutuamente². Esto también fue advertido tempranamente por Lacan, en “Intervención sobre la transferencia”, contra las derivas positivistas en psicología, al afirmar que “la experiencia psicoanalítica se desarrolla entera en esa relación de sujeto a sujeto” (1951, 205). El analista entonces no interviene de manera neutral ni el analizante es su objeto de estudio; puesto que el análisis acontece y se desarrolla en una relación no objetivable entre sujetos. En este punto, también hay que señalar lo problemático de suponer que la interpretación es siempre del analista, como si éste fuera el amo y señor de la palabra reveladora, cuando el análisis pone en suspenso, a diferencia de la conversación cotidiana, un querer decir restringido a los límites de la soberanía yoica. ¿Quién lo dijo? Esa es siempre la pregunta equivocada. En este sentido, no hay intervención que sea neutral, si por neutral se menta tanto la escisión entre analista y analizante como la suposición de que el analista podría dejar en la puerta del consultorio su subjetividad y los saberes adquiridos en su análisis personal, en su experiencia clínica, en sus supervisiones y en su formación teórica. Ahora bien, reconocer la existencia de esta dimensión irreductible no implica que el analista pueda saber el significado del juego previo a su desarrollo; sino que hace manifiesto que su imposibilidad de saber el significado del juego es consecuencia de estar situado en el juego desde una perspectiva determinada. En tanto la perspectiva del analista sólo es operativa en un análisis y, como toda perspectiva, es una disposición determinada de circunstancias, su escucha no puede ser neutral.

3. Algo más afín al baile

No resulta extraño que la pretensión de objetividad implícita en el imperativo de neutralidad se complementa con la suposición de que el analista puede practicar una escucha pura, dado que el requerimiento de una posición neutral para el analista es un intento de disfrazar su carácter perspectivista. Esta dimensión se hace evidente en la tercera parte de la definición de neutralidad que insta al analista a ser “neutral en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder *a priori* una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones”. El analista debe escuchar con una atención pareja y flotante, sin prejuicios teóricos ni sintomáticos, las asociaciones del analizante. Ahora bien, ¿es posible que el analista pueda quitarse sus prejuicios teóricos y escuchar sin las determinaciones sociales, históricas y sintomáticas que

constituyen su subjetividad? El imperativo de neutralidad obliga a no dar una importancia *a priori* a ninguna asociación particular. Pues bien, si se recuerda que *a priori* se utiliza para referirse a un conocimiento que no depende de la experiencia para establecer su valor de verdad, el imperativo se vuelve, por lo menos, paradójico. ¿Cómo puede el analista, siendo los pilares de su formación el análisis personal, la supervisión y el estudio, ser independiente de su experiencia cuando se encuentra tomado por el juego del análisis? Dicho de manera más precisa, aun aceptando que el analista debe mantenerse neutral, esta posición no puede ser establecida *a priori*, puesto que se seguiría que su aprendizaje no depende, en ningún punto relevante, de la experiencia y esto, por supuesto, no es el caso.

Otro modo en que se suele entender esta dimensión de la definición de neutralidad es que se trata de una advertencia para resguardar las asociaciones del analizante de la influencia del analista. Por esto, para evitar el riesgo de contaminación, se suele apelar a la recomendación de Freud en sus “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”: el analista “no debe ser transparente para el analizado, sino como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado” (1912, 117). Conviene notar, en este punto, que poco importa que se utilicen metáforas ligadas al “aparato psíquico” o al “texto”, puesto que, más allá de las diferencias, lo que me interesa poner en discusión no es tanto si el analista opera sobre el psiquismo del analizante o sobre un texto producido por la asociación libre, sino la idea implícita de que el analista puede sustraerse del juego para hacer su jugada. O, dicho de otra forma, como si fuera posible delimitar en el despliegue del juego analítico, de manera clara y distinta, lo propio del analista y lo propio del analizante. El complemento de este punto de vista -en el que prima la lógica de la propiedad privada- es asumir que la asociación libre produce un fenómeno psíquico o un texto crudo, sin editar, que el analista lee, subraya, marca, en fin, interpreta para que lo inconsciente se vuelva consciente o para dar a ver lo que se escribe en el texto que se despliega en sesión. La tarea del analista, al igual que la del cirujano, sería la de realizar una intervención en el psiquismo o en el texto del analizante manteniendo la asepsia que mandan las reglas del arte.

En una línea similar a lo expuesto en el párrafo anterior, puede leerse lo que Derrida en *El concepto de verdad en Lacan*, estrategia deconstructiva de “El seminario sobre *La carta robada*” (1956), denomina la neutralización del narrador en la narración. Sin entrar en los detalles de la lectura derridiana y sus consecuencias³, lo que me interesa resaltar es que delimita, en el seminario de Lacan, una operación de lectura del cuento de Poe que entraña una sustracción del narrador analista de la escena de descifrado y una identificación de la posición del analista con Dupin. Más allá de la complicada economía transferencial que pone en marcha⁴, esta operación de neutralización del narrador es condición necesaria tanto para resguardar del devenir diseminatorio un querer decir del texto como para otorgarle al analista el poder de revelarlo. Sin

pretender agotar a Lacan en esta figura, considero que la lectura de Derrida pone en escena un modo dominante de comprender la relación entre interpretación y asociación libre o entre lectura y texto. Abogar por una escucha pura, sin prejuicios, saberes ni historia, contra una posible amenaza de contaminación, esconde una pretensión de soberanía y dominio sobre el aparato psíquico o el querer decir del texto del analizante. Esta mirada objetivante y soberana se hace notoria en el modo en que a veces se presenta la narración de un caso. El analista narra el caso a otros colegas, expone su lógica, en tercera persona o impersonal como si fuera un texto que se escribe sin su participación: se neutraliza como narrador, en la narración. Al neutralizar su posición de narrador, el analista genera la ilusión de que el texto presentado esconde un querer decir. De este modo, la lectura adquiere el cariz nostálgico y triste de la verdad perdida, del sentido oculto, de lo que hay por descifrar, de la negación del juego infinito de sustituciones significantes.

Se hace evidente, por lo expuesto hasta este punto, que la tercera parte de la definición de neutralidad se postula para evitar, del lado del analista, una escucha segada por sus prejuicios teóricos o su realidad fantasmática. De este modo, se intenta preservar tanto una pureza en la escucha del analista, como la libertad y autonomía de las asociaciones del analizante. En este sentido, el ideal de una escucha pura se entrelaza con la pretensión de objetividad: la interpretación del analista no respondería a ningún tipo de valoración subjetiva, sino a una mirada desprejuiciada de lo que el analizante asocia durante sus sesiones. Esta epistemología implícita y vetusta, más allá de reproducir de forma acrítica los ideales del positivismo, dificulta poner en discusión los efectos que se producen en el encuentro entre analista y analizante. La neutralización de la posición del analista en el juego abierto por el análisis da por resultado un modelo *one-person psychology*: colabora en producir la ilusión de que el analista trabaja con el aparato psíquico del analizante o con el texto que éste produce en la asociación libre. Y es preciso subrayarlo, solo en este modelo del análisis, en el que se le niega a la perspectiva del analista su condición de perspectiva, tiene sentido la preocupación por asegurar una escucha pura.

La metáfora del análisis como juego prescinde de un ideal de escucha pura, puesto que, como sugerí en el apartado anterior, el significado del juego acontece en la relación entre analista y analizante. En tanto analista y analizante se encuentran tomados por un juego que los requiere como subjetividades históricamente determinadas, al tiempo que el jugar los excede, el significado no es propiedad privada de ninguno de los dos. Dicho de otra forma, el encuentro entre las perspectivas del analista y del analizante despliega una textualidad, en un espacio deseante en común, que produce significado con efecto de retardo. Es preciso insistir en que esta textualidad no debe comprenderse bajo la lógica del texto establecido, puesto que no se deja concebir como un texto que el analizante “trae a análisis”. Más bien, la textualidad, fuerza impersonal, trabaja y se despliega en

el juego analítico; y si bien le toca al analista dar a ver su operación, esto, de ninguna manera, implica que pueda sustraerse de su producción. De otro modo, el analista corre el riesgo de convertir la textualidad en un cuerpo a diseccionar para desentrañar la verdad que lo habita. En este punto, se pueden alzar las voces contra un presunto retorno a la intersubjetividad imaginaria, aquella de “la relación dual, de la equivalencia del otro al uno, del alter ego al ego” (1955, 271) contra la que Lacan combatió en los primeros años de su enseñanza. Sin embargo, este movimiento de rechazo de la dimensión imaginaria de la intersubjetividad -como eje de la intervención analítica- es complementario de una exaltación de la dimensión simbólica de la intersubjetividad en el análisis. Reconocer la dimensión simbólica de la intersubjetividad implica tener en cuenta que nunca se trata de una simple relación entre dos, sino que hay un elemento tercero, a saber: el Otro⁵. Lo que denomino textualidad -para evitar compromisos logofonocéntricos- puede entenderse, en consonancia con Lacan, como una terceridad no agotable en la suma de uno y otro. La textualidad como elemento tercero, siempre más que la suma de sus partes, se da en el espacio del juego analítico y opera contra cualquier pretensión de complementariedad imaginaria. Siguiendo una potente analogía de Benjamin (2018), la terceridad es como un baile: si bien necesita de los bailarines, no puede comprenderse tomando a cada uno por separado. El ideal de la escucha pura toma demasiado en serio al análisis, delimita una posición de fría solemnidad para el analista, cuando para analizar se requiere que los pies no sean pesados; porque el análisis, al igual que el pensamiento filosófico para Nietzsche, es “algo ligero, divino, estrechamente afín al baile” (1886, 158).

4. Colores en común

Si se asume que no hay una posición trascendente al desarrollo del juego analítico; que, como señala Lacan en su seminario *La transferencia*, “si el analista analiza, interpreta e interviene en la transferencia, tiene que ser desde la posición que la misma transferencia le otorga” (1960-1961, 202); que la subjetividad del analista, siguiendo a Renik (1996), es irreductible en el juego analítico; parece inevitable que se produzca el siguiente grito horrorizado: ¡entonces el análisis es una práctica sugestiva! De hecho, la primera parte de la definición de neutralidad -y esto explica por qué pospuse su discusión hasta este punto- manda al analista a ser “neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera y abstenerse de todo consejo”. En sus primeras presentaciones de la técnica analítica, Freud intentó deslindar el psicoanálisis de la sugestión. En este punto me interesa recordar, sólo para citar un caso especialmente célebre, el pasaje de “Sobre psicoterapia” donde se presenta la distinción entre *per via de porre* y *per via de levare* para dar cuenta de la máxima oposición que existe entre el análisis y la sugestión. Siguiendo a Leonardo Da Vinci,

Freud argumenta que la sugestión procede como la pintura -es decir, *per via de porre-* agregando colores donde antes sólo había un lienzo en blanco; mientras que el análisis responde al modelo de la escultura -es decir, *per via de levare-* que “quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella” (1905, 250). De este modo, la sugestión agrega algo más, contamina la pureza del lienzo con “acumulaciones de colores” (1905, 250); mientras que el análisis resta y retira el material que oculta la forma de la escultura que espera a ser descubierta en la piedra.

De una notable influencia en el campo psicoanalítico, esta distinción freudiana forjó una férrea dicotomía entre la sugestión como operación que agrega sentido y el análisis como una práctica que revela una verdad. Así, el analista sugiere cuando introduce sentido o sus valores e ideales en el psiquismo o el texto del analizante, por lo que debe abstenerse de hacerlo y propiciar que la verdad del analizante tome la palabra. Esta distinción pasa por alto que, con el correr de los años, Freud reconoce un elemento sugestivo en el despliegue del juego analítico. En la “28ª conferencia. La terapia analítica”, luego de presentar a la sugestión como una cosmética y al análisis como una cirugía, Freud afirma que el análisis se sirve de la sugestión para cumplir con su tarea. Lo particular del psicoanálisis radica, este es el punto clave para Freud, en que “saca muy diverso provecho del poder de la sugestión” (1916-17, 411): el analista domina la sugestión, la toma en sus manos y la guía hacia el camino de la resolución del conflicto. El elemento sugestivo está presente en el análisis, su poder intacto, pero es domesticado por el analista para lograr un desenlace diferente al que provocó el conflicto. Es notable, puesto que da a ver las tensiones del pensamiento de Freud con los supuestos epistemológicos de la época, que reconozca que la presencia de la sugestión vuelve “dudosa la certeza objetiva de nuestros descubrimientos” (1916-17, 411). Parece ir de suyo que la objetividad científica es sinónimo de una observación que no agregue colores a lo observado: “lo que favorece a la terapia es perjudicial para la investigación” (1916-17, 411), concede Freud, pero se apura a aclarar, asegurando una figura de la verdad como correspondencia, que sólo se logra la resolución de un conflicto si el analista da las representaciones-expectativas (*Erwartungsvorstellungen*) que coinciden con la realidad psíquica del analizante.

Más allá de los vaivenes de la sugestión en el pensamiento clínico y epistemológico de Freud, me interesa señalar, por un lado, que la relación entre neutralidad y sugestión se suele plantear en términos dicotómicos (o bien psicoanálisis o bien sugestión); por el otro, que la primera parte de la definición de neutralidad es un intento de resolver la espinosa cuestión de la sugestión mediante la abstinencia. El saldo de este doble movimiento es postular la abstinencia como consecuencia de la neutralidad para evitar atiborrar el texto del analizante con sentidos y valores propios del analista y propiciar que aparezca la verdad del analizante. Este esquema intenta preservar el texto del analizante de la contaminación del analista, sin embargo, no hay un texto que sea propiedad

exclusiva del analizante. La textualidad que se despliega en el juego analítico, como ya sugerí en el apartado anterior, no es menos del analista que del analizante y, en este sentido, se encuentra desde la apertura de la partida parasitada tanto por la alteridad del analista como la del analizante. El requisito de neutralidad abstinentemente para el analista parece tener como función asegurar un espacio de mismidad no alterado por el encuentro con el otro; espacio, por otra parte, que sirve como garantía de una intervención objetiva.

Contra la ley abstinentemente promovida por el imperativo de neutralidad, considero que hay que oponer, lo que Derrida (2000) denomina, una ley de la hospitalidad. Antes de adentrarme en qué implica la hospitalidad para el desarrollo de un análisis, quiero detenerme en una segunda objeción posible, a saber: el imperativo de neutralidad debe entenderse como un ideal regulativo⁶. Es decir, aun sabiendo que una neutralidad abstinentemente es imposible de lograr, puesto que el analista no puede sustraer su subjetividad del despliegue del juego, de todos modos, el analista debería aspirar al mayor grado de neutralidad y objetividad posible. Esta objeción, si bien posee el beneficio de reconocer que la neutralidad es un imperativo destinado a fallar, sigue operando bajo el supuesto de que el analista debería ocultarse y actuar como si no participara de manera relevante en la textualidad que se produce en el análisis. El problema, más allá del esfuerzo de mantener ese semblante, es que ese intento por preservar la ilusión de neutralidad reproduce una situación de poder en la que el saber queda del lado del analista. Al actuar el como si de la neutralidad y de la objetividad, el analista se instala en una cima desde la cual domina el querer decir de la textualidad, puesto que esa ilusión esconde que su intervención es producida desde una perspectiva diferente a la del analizante, pero no por eso privilegiada. Dado que la textualidad que abre el juego analítico acontece entre analista y analizante, considero que el analista debe recordar -y también hacer patente- que sus intervenciones son una perspectiva más, a veces muy útil y otras no tanto, sobre ese espacio deseante en común. Al poner su perspectiva en tanto tal -y no como una observación objetiva- al servicio de la textualidad, se abre la posibilidad de discutir, transformar y actualizar lo que se da en el juego analítico. Gran parte del problema de la sugestión se produce al interior de la figura del analista neutral y abstinentemente; mientras que si se adopta el punto de vista de lo que acontece entre analista y analizante la cuestión que se vuelve imperiosa es la de la hospitalidad ante la alteridad.

5. La casa es el otro

El imperativo de neutralidad, junto a la figura del analista abstinentemente que promueve, como se desprende de lo expuesto hasta este punto, se encuentra atravesado por compromisos con la metafísica moderna: un sujeto autónomo y dueño del querer decir. La neutralidad intenta asegurar, tanto para analista como para analizante,

una esfera de mismidad no afectada por la alteridad. Este reaseguro de lo mismo, retorna bajo la forma de una preocupación obsesiva por delimitar ámbitos de propiedad: qué es del analista y qué es del analizante. Asimismo, al mantener silenciada la dimensión en común irreductible en la realización del juego analítico, en favor de una posición objetiva, el analista se (auto) postula como soberano del querer decir del texto del analizante. En este punto, el imperativo de neutralidad parece ir a contrapelo de uno de los descubrimientos más importantes del psicoanálisis, a saber: “el yo no es el amo en su propia casa” (1917, 135). Si lo mismo del sí mismo se encuentra desde siempre atravesado por la alteridad, no hay posibilidad de mantener un espacio subjetivo no alterado ni contaminado por la diferencia. La casa de la mismidad, insisto en este punto, se encuentra ya habitada por la alteridad. De hecho, la cuestión de la hospitalidad, como señala Derrida en su texto homónimo, no debe comprenderse bajo la modalidad moderna que la reduce a la figura del dueño de casa que abre sus puertas al extranjero -expresión paradigmática de lo diferente-, dado que esto implicaría otorgarle un espacio de mismidad no alterado y preconfigurado para su recepción. En este sentido, la hospitalidad no se confunde con el modo moderno de concebir la tolerancia⁷, puesto que la tolerancia concibe al otro como semejante, toma al sí mismo como modelo para la comprensión e identificación de la diferencia. O dicho con términos lacanianos, la ley de la tolerancia parece quedar circunscripta en la dimensión imaginaria de la intersubjetividad, aquella de “la relación dual, de la equivalencia del otro al uno, del alter ego al ego” (1955, 271).

Contra esta ley de la tolerancia de la proyección identificatoria, habría que sostener, siguiendo la figura del espectro que Derrida despliega en su conferencia *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la Nueva Internacional* (1995), una ley de la hospitalidad. Mediante una lógica de la espectralidad, el filósofo franco-argelino intenta hacer patente un modo de pensar la relación con el otro que no implique una reconducción de su alteridad al régimen de lo mismo. El espectro, la aparición del rey en *Hamlet* es aquí modelo, no se deja conceptualizar desde una ontología tradicional, ya que no se encuentra ni muerto ni vivo -más bien, transita entre la vida y la muerte- ni tampoco se deja comprender como alma o como cuerpo; es “cierta «cosa» difícil de nombrar” (1995, 20). Como sugiere De Peretti (2005), el espectro supone un desafío a la lógica de la presencia y la identidad sostenida por la ontología tradicional del *to be or not to be*. Asimismo, la condición de (re)aparecido del espectro, su retorno incalculable y su visita inoportuna, configuran una lógica del asedio. Lo que patentiza estos aspectos de la lógica de la espectralidad⁸, para pensar una relación con la alteridad por fuera del dominio imaginario, es que el otro es siempre promesa por venir, visita incalculable. El encuentro con el otro, para mantener su dimensión de alteridad, no puede programarse, de otro modo, sólo sería un encuentro posible y no un acontecimiento. El otro irrumpe, violento, sin aviso. Por esto la

hospitalidad ante la venida del otro implica, continuando la estela nietzscheana de la amistad y contra la versión freudiana del duelo, conservar su alteridad no introyectable ni asimilable a la mismidad. La hospitalidad, escapa al reconocimiento de la identificación especular, no es un intento de apropiación u homologación de la diferencia, sino que es un dejar irrumpir al huésped en un hogar que ya era el suyo⁹.

Conviene notar que la hospitalidad en el juego analítico no se expresa como una cualidad del analista, algo así como una especie de empatía o miramiento humanista que el analista debería cultivar, ni tampoco se postula como una posición previa al desarrollo del juego, porque esto supondría que el analista le hace un lugar al analizante en el espacio deseante. El juego analítico, como se sigue de lo expuesto en los puntos anteriores, acontece en un espacio deseante común producto del encuentro entre analista y analizante; por tanto, sólo puede darse en la experiencia de ese encuentro. No hay manera de programar la hospitalidad ni tampoco de reducirla a un manual de reglas a seguir para alcanzar la hospitalidad en el juego analítico, la hospitalidad es siempre una invención o una apuesta ante ese encuentro con el otro. Dado que el analista -al igual que el analizante- no dispone de un espacio de mismidad no contaminado para ofrecer, la apuesta se juega en la invención de formas de estar en común, provisionales y fugaces, que preserven a la alteridad de ser reconducida a una totalidad indiferenciada. En este sentido, el espacio deseante en común no menta una comunidad cerrada, total y sin fisuras; más bien, al igual que las figuras de la comunidad de amantes o de amigos evocadas por Blanchot en *La comunidad inconfesable* (1983), la comunidad de analista y analizante es una comunidad sin nada en común. Esta extraña comunidad¹⁰ entre analista y analizante no descansa en la correspondencia, la simetría o la igualdad; tampoco, puesto que ésta sería la vertiente imaginaria de la intersubjetividad, pugna por un horizonte de comprensión basado en la buena voluntad¹¹. Ya en su primer seminario, *Los escritos técnicos de Freud*, Lacan advierte “que una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado” (1953-54, 120), puesto que la apertura del juego analítico solicita como condición “un cierto rechazo de la comprensión” (1953-54, 120).

Contra los requisitos de la conversación cotidiana, en el juego analítico no se busca la comprensión del otro, sea analista o analizante, más bien, y en esto radica la hospitalidad, se hace un esfuerzo de incompreensión para respetar la alteridad del otro. Este esfuerzo no se puede ejercitar ni preparar, sólo acontece en el encuentro entre analista y analizante. La hospitalidad busca preservar la asimetría, la no proporción y la diferencia en el juego analítico. Es por esto que la hospitalidad no puede escindirse del perspectivismo, dado que, si hay hospitalidad, hay respeto al otro en tanto otro (y el otro es perspectiva). Es decir, apuesta a inventar formas de estar en común que no pretendan resolver la tensión del encuentro de perspectivas. Y, por este mismo motivo, la hospitalidad se opone a la figura del analista abstinentes: el analista no

posee una perspectiva privilegiada sobre la textualidad que se produce en análisis, sino una diferente, alterada desde el principio de la partida analítica, que pone como tal a disposición en y por el espacio deseante. En este punto, se revela la dimensión ética del análisis: el deseo del analista es una perspectiva que no es neutral, sino que se pone al servicio de quebrar cualquier pretensión de comprensión o identificación imaginaria.¹²

6. Aun como bufones

En la primera entrada de su diario clínico de 1932, Ferenczi, cursando un momento turbulento de su relación con Freud, llama la atención sobre el peligro de burocratizar el juego analítico si el analista se aferra a la postura neutral y abstinentemente que dicta la teoría. Más allá de los excesos del análisis mutuo, el diario clínico es testimonio de sus atolladeros, coincido con Ferenczi en que “la naturalidad y sinceridad del comportamiento es la actitud más oportuna y beneficiosa en la situación analítica” (2008, 42). En su tercera conferencia en Roma, Lacan aconseja de manera similar a los analistas del auditorio: “sean más sueltos, más naturales cuando reciban a alguien que viene a pedirles un análisis” (1974, 81). Entiendo que la actitud natural a la que apelan, tanto Lacan como Ferenczi, contra una posición técnicamente rígida y acartonada, se encuentra en íntima relación con lo expuesto en el punto anterior respecto a la hospitalidad. La naturalidad hace referencia a lo que no se puede ni se debe programar, mientras que el imperativo de neutralidad establece la máscara de la neutralidad benevolente para esconder el rostro del analista; sin embargo, siguiendo uno de los tópicos nietzscheanos contra la idea de unidad de la identidad¹³, debajo de la máscara no hay rostro. En este sentido, la mascarada de la neutralidad pretende establecer una protección para un rostro de mismidad del analista -rostro que no existe- de su encuentro con una alteridad que lo habita ya desde siempre. Se hace evidente la paradoja topológica que entraña este mecanismo proyectivo: el analista se cubre con una máscara de una amenaza “exterior” que lo constituye desde el “interior”.

La exhortación que, a modo de epígrafe, abre este artículo -extraída del libro de Lewis Aron *A meeting of two minds: Mutuality in Psychoanalysis- “You can sit, but never hide, behind the couch!”* (que podría traducirse como: “¡Podés sentarte, pero nunca ocultarte, detrás del diván!”) (1996: 97) es un intento de sacudir a los analistas sumidos en el sueño de la neutralidad. Ahora bien, no alcanza con que alguien eleve la voz, sino que es necesario que se produzca un giro respecto al modo de concebir el lugar del analista en el desarrollo del juego analítico. Creo que hay que pasar de un punto de vista centrado en cómo el analista interviene en el texto que trae el analizante a uno que considere al analista como parte de la textualidad que acontece entre analista y analizante. El primer punto de vista, aunque se empeñe en recurrir a metáforas textuales, corre el riesgo, no solo de programar el encuentro con el otro y reconducirlo al

régimen de lo mismo, sino de creer que es sólo el analista el que interviene de manera relevante en el juego analítico. El analista puede leer, marcar o subrayar el texto que trae el analizante como si él no estuviera ya en el texto ni el analizante en su lectura. La preocupación por una lectura neutral del analista, no atravesada por la alteridad, sólo tiene sentido desde un punto de vista que entrona la autonomía como bien ético supremo. Se debe preservar el texto que trae el analizante de la influencia del analista: las asociaciones las aporta el analizante, la lectura el analista. En este punto, se revela una superposición ética y epistemológica: el analista debe abstenerse y no intervenir en el juego analítico desde su perspectiva subjetiva, sino que debe mantener una posición objetiva o, al menos, pugnar por la máxima objetividad posible para preservar la autonomía del analizante.

A lo largo de este texto, intenté poner en tensión tanto el supuesto de objetividad como el de la escucha pura en los que se apoya el imperativo de neutralidad. Una vez sacudidos los pies de barro del ídolo, resta la pregunta sobre la posición del analista en el desarrollo del juego analítico. Escribo “resta” porque es una pregunta imposible de saldar, sino que insiste en cada apertura de la partida analítica. Al no poder calcularse de antemano, esto implicaría un cierto modo de recibir a la alteridad del otro, la posición del analista es siempre del orden de la invención, un resto que impide que el psicoanálisis devenga en un manual de tratamiento. La hospitalidad, precisamente, es un intento por preservar la textualidad que se produce entre analista y analizante de convertirse en texto a disposición del analista. Dicho de otra forma, en tanto la hospitalidad es una apuesta por la incompreensión, apuesta que no posee otro lugar que su darse en el encuentro, la hospitalidad habita en la tensión entre la perspectiva del analista y del analizante. El juego analítico sostiene esta tensión sin voluntad de síntesis dialéctica, sino como motor productivo de textualidad. Por esto la cuestión importante ya no es, como lo enseña la figura de la neutralidad, garantizar la objetividad de la lectura y la autonomía del analizante, sino cómo inventar formas de estar en común en una textualidad en continua transformación que excede a analista y analizante. En el camino quizá haya que abandonar la universalidad del semblante serio e inexpresivo, pero, como le recuerda Lacan a los analistas que lo siguen en “La tercera”, “aun como bufones, que estén se justifica” (1974, 81).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balcarce, G. (2014). “Hospitalidad y tolerancia como modos de pensar el encuentro con el otro. Una lectura derrideana”. En *Estudios de Filosofía* (Universidad de Antioquia), n° 50, pp. 195-213.
- Baranguer, W. (1969). “Interpretación e ideología: Sobre la regla de abstención ideológica”. En *Problemas del campo psicoanalítico*, Buenos Aires: Ediciones Kargieman, 1997.
- Benjamin, J. (2018). *Recognition Theory, Intersubjectivity and the Third*. Nueva York, Routledge.

- Blanchot, M. (1983). *La comunidad inconfesable*. Madrid: Arena Libros.
- Bonoris, B. (2013). "El sujeto como intervalo: de la intersubjetividad a la inmixture de otredad". En *Actas del V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires*, pp. 80-84.
- Cosentino, M. (2019). "Lacan y Derrida. Un (des)encuentro en la mirada". En *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas*, n° 23, pp. 137-152.
- Cosentino, M. (2021). "Desde Derrida, un psicoanálisis en el texto". En *Afluencias. Escritos sobre el psicoanálisis que nos toca*. Buenos Aires: Orbita Lucida, pp. 298 – 315.
- Cragolini, M. (2009). "Extrañas comunidades: para una metafísica del exilio". En *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo*, Buenos Aires: La Cebra, pp. 51-64.
- Cragolini, M. (2016). *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro, del "entre"*. Buenos Aires: La Cebra, 2006.
- De Peretti, C. (2005). *Derrida. Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (1965). "Freud y la escena de la escritura". En *La escritura y la diferencia*, Barcelona: Anthropos, pp. 271-318.
- Derrida, J. (1977). *El concepto de verdad en Lacan*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Derrida, J. (1995). *Espetros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la Nueva Internacional*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. y Doufourmantelle, A. (2000). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Etchegoyen, H. (2010). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ferenczi, S. (2008). *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905). "Sobre psicoterapia". En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986, VII, 247-259.
- Freud, S. (1912). "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico". En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986, XII, 111-121.
- Freud, S. (1913). "Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)". En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986, XII, 125-145.
- Freud, S. (1916-17). "28° conferencia. La terapia analítica". En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986, XVI, 408-423.
- Freud, S. (1917). "Una dificultad del psicoanálisis". En *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1986, XVII, 127-135.
- Gómez Ramos, A. (2002). *Diálogo y deconstrucción: los límites del encuentro entre Gadamer y Derrida*. Madrid: Cuaderno Gris.
- Lacan, J. (1951). "Intervención sobre la transferencia". En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010, pp. 204-219.
- Lacan, J. (1953-54). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- Lacan, J. (1954-55). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- Lacan, J. (1960-61). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1972-73). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aun*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Lacan, J. (1974). "La tercera". En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- Laplanche, J. y Pontalis, B. (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Labor.
- Lewis, A. (1996). *A Meeting of Minds. Mutuality in Psychoanalysis*. Londres: The Analytic Press.
- Major, R. (1996). *Lacan con Derrida: análisis desistencial*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Mitchell, S. (1997). *Influence and Autonomy in Psychoanalysis*. Nueva York: Routledge.
- Muñoz, P. (2020). *Libertad y responsabilidad en la práctica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra viva.
- Nietzsche, F. (1886). *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- Renik, O. (1996). "The Perils of Neutrality". En *The Psychoanalytical Quarterly*, vol. 65, n°3, pp. 495-517.
- Winnicott, D. (1993). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

NOTAS

- ¹El efecto de retardo no puede escindirse de la reflexión freudiana en torno a la posibilidad de alteración de la huella mnémica ni tampoco de las metáforas escriturales a las que recurre Freud para dar cuenta de sus modificaciones. El célebre texto de Derrida, "Freud y la escena de la escritura" (1965), es de lectura obligada.
- ²Dentro del campo del psicoanálisis relacional se suele remarcar la implicación entre los compromisos epistemológicos de Freud y su concepción sobre la técnica analítica. El segundo capítulo de *Influence and Autonomy in Psychoanalysis* (1997) es un caso bastante logrado.
- ³Trabajé estos temas en un artículo de reciente aparición, "Desde Derrida, un psicoanálisis en el texto", publicado en *Afluencias. Escritos sobre el psicoanálisis que nos toca* (2021).
- ⁴Esta economía transferencial se hace patente en la estrategia deconstructiva de René Major sobre "La dirección de la cura y los principios de su poder" publicada en *Lacan con Derrida: análisis desistencial* (1996).
- ⁵Debo esta fecunda distinción al artículo de Bonoris: "El sujeto como intervalo: de la intersubjetividad a la inmixture de otredad" (2013).
- ⁶Esta concesión a la neutralidad como ideal regulativo es un lugar común en la literatura psicoanalítica. Me contento con señalar el caso, a modo ilustrativo, de Willy Baranguer en "Interpretación e ideología: Sobre la regla de abstención ideológica": "La no aplicabilidad de la regla de abstención ideológica no significa que podamos -ni debemos- prescindir de ella. El analista tiende, como hacia un ideal, a no tomar la posición de juez o de guía, ni en el terreno de la realidad, ni en el de los valores" (1969, 108).
- ⁷Para la distinción entre tolerancia y hospitalidad, y sus consecuencias para los modos de estar con el otro, me he servido ampliamente del artículo de Balcarce: "Hospitalidad y tolerancia como modos de pensar el encuentro con el otro. Una lectura derrideana" (2014).
- ⁸En un artículo anterior, "Lacan y Derrida. Un (des)encuentro en la mirada" (2019), despliego con mayor detenimiento lo que se menta por lógica de la espectralidad.

⁹Si bien no pude adentrarme en esta cuestión, es importante tener presente lo que se denomina la antinomia irresoluble entre hospitalidad ilimitada y las leyes de hospitalidad. En *La hospitalidad*, Derrida lo expresa de esta forma: “Una antinomia no dialectizable entre, por una parte, la ley de la hospitalidad, la ley incondicional de la hospitalidad ilimitada (dar al que llega todo el propio-lugar y su sí mismo, darle su propio, nuestro propio, sin pedirle ni su nombre, ni contrapartida, ni cumplir la menor condición) y, por otra parte, las leyes de la hospitalidad, esos derechos y esos deberes siempre condicionados y condicionales” (2000, 81).

¹⁰Tomo prestada la expresión “extraña comunidad”, y varias de sus consecuencias teóricas, del texto “Extrañas comunidades: para una metafísica del exilio” de Cragolini (2009).

¹¹“Buena voluntad” hace referencia a la hermenéutica de Gadamer y a sus diferencias con la deconstrucción derridiana. La discusión puede encontrarse en *Diálogo y deconstrucción: los límites del encuentro entre Gadamer y Derrida* (2002).

¹²Esta conclusión es deudora de los desarrollos de Muñoz sobre neutralidad y deseo del analista en *Libertad y responsabilidad en la práctica del psicoanálisis* (2020).

¹³La cuestión de la máscara, el rostro y la identidad atraviesa varios de los artículos que componen *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro, del “entre”* (2006), libro que, sin duda, fue una gran inspiración para lo planteado en este trabajo.